



## LAS RAÍCES DEL GRUPO EDELWEISS

Una historia de adolescentes

Jesús Santos Hernando

**C**enando en Burgos el otro día con unos amigos, no sé cómo surgió el tema de que este año 2001 se cumpliría el CINCUENTENARIO (¿se dice así?) del Grupo Espeleológico EDELWEISS, a lo que yo aduje que ya hace al menos tres o cuatro años que el Grupo ha cumplido sus bodas de oro.

Conozco bastante bien el tema, como para indicar que todo empezó el año 1947 ó 1948, más o menos, quizá en 1946. Y ¿cómo empezó?: CON UNA TARELA.

Un buen día a un grupo de alumnos del Instituto de Enseñanza Media de Burgos no les apeteció entrar en clase y ... tarela.

Como en aquella época quedarse cerca del Instituto o simplemente ir al Espolón, la Isla o La Quinta era peligroso porque siempre te vería alguno que luego le iría con el cuento a tu padre, no había más remedio que poner tierra por medio

y buscar un lugar más o menos solitario: EL CASTILLO.

Allí se habló de todo, se jugó a lo que les pareció y hubo también tiempo de aburrirse y como no estaban allí ni Don Mendo ni el barón de Vedia, no hubo siete y media: se propuso jugar al escondite por las ya famosas Cuevas del Castillo.

Todavía quedaban vestigios de la Guerra Civil, con carteles en alemán que prohibían la entrada y la leyenda todavía era más tenebrosa: que si llegaban hasta el río con derivaciones que desembocaban en el Puente de Santa María y en la Isla, que si había salas sin explorar, ¡yo qué se cuantas historias!

Todos los presentes tenían más miedo que otra cosa en entrar, pero como siempre: un lanzado (con más miedo que ninguno) que a sabiendas de que no se lo iban a proporcionar y así quedar como un valiente sin necesidad de entrar, dijo que si tuviera una cuerda y una linterna que él

iba hasta donde fuera. ¡Qué bien quedó!

Por la tarde al ir a clase se encontró con que le habían proporcionado cuerda, linterna y apaga faroles.

Se subió de nuevo a las cuevas y como nadie quería acompañar al "valiente", éste pensó con rapidez: No hay problema; en cuanto tome la primera curva, empiezo a tirar de la cuerda hasta que no haya más y quedo... ¡!. Pero siempre hay alguno que la enreda. De entre los allí presentes salió uno diciendo que él solo no entraba; que tenía miedo (tuvo la suficiente hombría de confesarlo cuando, en aquella época, no era corriente), pero que junto con el "valiente" no tenía ningún inconveniente en entrar.

Viendo que tus propósitos se caen por tierra ¿qué haces ahora "valiente"? ¿Dices que no necesitas a nadie y que entras solo?, o no entras, te arrugas, tiras la toalla, ¿o aguantas el tipo para que nadie vea que todo ha sido un

farol?... ¡Aguantas el tipo!

Atados los dos bastante juntos (supongo que la cuerda no mediría más de quince o veinte metros) y linterna en mano, haciendo constar que si notaban la falta de aire se volverían, entraron con decisión y miedo: Al valiente que iba el primero le temblaban las manos y las rodillas no le sujetaban, según luego me dijo. Estuvieron el tiempo que tardaron en recorrer los doce o quince metros de la cuerda y salieron bastante más calmados y victoriosos. Habían entrado dos cagones y salieron dos "espeleólogos".

Cundió la noticia ente los amigos y desde entonces fue normal la exploración de las Cuevas del Castillo, pero sin cuerda ni linterna; para casos de apuro una sola cerilla.

Se tomó el gustillo a las cuevas y no sé por qué procedimiento tanto la Diputación

de Burgos como la Electra ponían un vehículo todo terreno a disposición de los componentes del grupo, que aprovechaban el medio de transporte para investigar las cuevas que pudiera haber cerca de los pueblos que celebraban sus fiestas patronales.

En 1949 cambié de residencia y naturalmente la convivencia con el grupo y las noticias de primera mano dejaron de existir. Volví de vacaciones y charlábamos del tema pero yo no lo vivía y estaba un poco marginado (por mí, no por los demás). De lo que sí me di cuenta fue de que el grupo que yo había dejado (una reunión de amigos) era ya algo más que una forma de pasar algunos domingos. Estaba consolidado y reconocido en, al menos, toda España.

Además de los ilusionados topos, contaba con profesiona-

les en todos los ámbitos: Catedráticos de Ciencias, Geólogos, Topógrafos, etc. De presumir que sabíamos anudar el as de guía (no sabíamos otro; el corredizo no contaba) hasta ese año, había pasado una eternidad.

Mis recuerdos a todos aquellos del Castillo (no estoy autorizado a dar sus nombres, pero cuando lo lean, si es que lo hacen, sabrán a quienes me refiero): Rojo (este si es su nombre), Sicilia, Bebidilla, Tobas, Chamel, Sagitario, Costa, Rubio, Chimbo, Ladilla, Penicilina, Davis, Bolita, Poncio... y tantos otros a los que en este momento no recuerdo, pero que igualmente cuentan con todo mi cariño.

“Un nostálgico de Burgos”

Jesús Santos Hernando.  
Burgos. Abril de 2001.



Félix Rojo junto a otros dos espeleólogos en el transcurso de la exploración de un río subterráneo

Foto cedida por J. A. Bonilla